

**HOMENAJE A SOR JUANA INES  
DE LA CRUZ**

**EN EL III CENTENARIO DE SU NACIMIENTO**

**DISERTACION Y DISCURSOS**

*del Prof.*

**JOSE DE J. NUÑEZ Y DOMINGUEZ**



*Tegucigalpa, D.C.*

*Honduras, C. A.*

**IMPRESA LA DEMOCRACIA**



**SOR JUANA INES DE LA CRUZ**

*Nació en Nepantla, México, el 12 de Noviembre de 1651 y falleció en el Convento de San Jerónimo, de la capital mexicana, el 17 de Abril de 1695.*

# **BOCETO DE LA PERSONALIDAD DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ**

*Disertación hecha en la Biblioteca Nacional  
de Honduras*

HONORABLE AUDITORIO:

Cuando el señor Ingeniero Miguel A. Ramos, ilustre y ameritado Director de la Biblioteca Nacional, tuvo la bondad de invitarme a tomar parte en este acto conmemorativo del tercer centenario de Sor Juana Inés de la Cruz, acepté complacido, no sólo porque se trataba de enaltecer a una de las más insignes personalidades de mi Patria y por la honra que con ello se me otorgaba, sino porque el organizador de esta ceremonia debe ser secundado siempre en la magnífica labor educativa que realiza desde hace luengos años y porque su apostolado de cultura merece que todo hombre de buena voluntad le preste su cooperación y lo aplauda sin reservas.

Además, hijo intelectual de México, con este homenaje da el Ingeniero Ramos una nueva demostración de su fervor hacia el país en donde pasó quizá los mejores años de su juventud y abrevó la ciencia de que es prominentemente representativo.

Al señor Ingeniero Ramos expreso, por lo tanto, mi profunda gratitud, en nombre del pueblo mexicano que me honro en representar y en el mío propio, por esta otra prueba de su devoto mexicanismo y de su espíritu de confraternidad continental.

\* \* \*

La celebración del tres veces secular aniversario del nacimiento de Sor Juana Inés de la Cruz, es una fiesta de toda la América, porque esta preclara mujer fue producto de las tierras colombinas y, por ende, como su prez, su lustre y

su gloria se reflejan sobre nuestro continente, es honor y ufanía de la raza mundonovista. Por ello en todas las naciones de raza indoibérica este acontecimiento se conmemora con entusiasmo, en magníficas o sencillas fiestas de la inteligencia. Honduras ha respondido entre las primeras y los orfeos de esta nación en honor de la inmortal monja de México, obligan nuestro eterno reconocimiento.

\* \* \*

Y como al deleitaros con los trabajos que se han leído ellos os han dado ya una clara noción del valer de Sor Juana en todos los aspectos de su insigne personalidad, no os fatigaré más repitiendo esos detalles. Sólo deseo insistir, ya que este homenaje se ha hecho con elementos femeninos especialmente, en que, además de sus cualidades literarias, Sor Juana Inés fue poseedora de las más altas virtudes morales y puede ser considerada como una de las precursoras del feminismo en América. Defendió los derechos de la mujer, cuando esta actitud podía pasar por un sacrilegio dadas las costumbres de la época en que floreció; tuvo completa entereza de ánimo, que la condujo hasta criticar a los que se reputaban como jerarcas del pensamiento religioso de su tiempo; su nobleza de corazón la llevó siempre al lado de las causas justas y más de una vez pidió misericordia para las clases desvalidas, como los indios y negros, que durante el régimen colonial eran objeto de vilipendio y opresión; sintió la realidad de una patria que iba a nacer y lo expresó así en varias de sus poesías, y, por último, la caridad más pura y amplia se albergó en su corazón y en aras de ella dio gustosa la vida, socorriendo a sus hermanas del claustro.

Fue, pues, una mujer arquetipo, una de esas varonas de elección que sólo de tarde en tarde aparecen en la tierra para ornato y honra de la humanidad, de la que son como la quintaesencia y el fruto en que se alquitaran todas las perfecciones.

Después de tres centurias, todavía su figura polariza los estudios de los eruditos, porque su numen sigue esparciendo sus fragancias de celeste rosa. La fuerza de su contextura espiritual imanta y auna los intelectos de los doctos, con su vigor inmarcescible.

\* \* \*

Y a este propósito, y puesto que nos hallamos precisamente en el máximo establecimiento bibliográfico de Hon-

duras, es oportuno rendir un tributo de gratitud y admiración a aquellos escritores que consagraron buena parte de su labor a estudiar la obra y los hechos de Sor Juana. Mencionemos primeramente a Don Juan de Camacho Gayna, quien editó la pristina colección de las poesías de la religiosa mexicana en Madrid en 1689, todavía en vida de ella. Publicó el primer volumen con el ampuloso título, muy de acuerdo con lo que se usaba entonces, de "Inundación castálida de la única poetisa, musa décima, Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa en el monasterio de San Jerónimo de la imperial ciudad de México: que en varios metros, idiomas y estilos fertiliza varios asuntos, con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, útiles versos para enseñanza, recreo y admiración". En 1692, salió a luz el tomo segundo y el tercero y último en Madrid en 1700. De estos tomos se hicieron varias reimpressiones. Citemos asimismo al Dr. Eguiara y Egúrcen, que la biografio en su Biblioteca Mexicana en 1755 y al padre Calleja, editor de la "Fama y Obras póstumas del Fénix Mexicano", publicado en 1700.

En los tiempos modernos se deben mencionar como obras cumbres totalmente dedicadas a Sor Juana, el libro intitulado "Sor Juana Inés de la Cruz" del sapientísimo maestro Dr. Ezequiel A. Chávez, ex-Rector de la Universidad Nacional, que en opinión de la critica es el más amplio y erudito que se conoce acerca de ese asunto y el del Licenciado don Genaro Fernández MacGregor: "La Santificación de Sor Juana", docta y donosamente escrito.

\* \* \*

Por su parte, Amado Nervo, el bardo místico por excelencia, halló naturalmente en la vida y hechos de Sor Juana el más atrayente señuelo para su inspiración; y así publicó la biografía intitulada "Juana de Asbaje", en que a las galas del lenguaje se une una admirativa ternura. Es preciado joyel en la diadema del prestigio de la monja inmortal.

Otra magnífica aportación para el conocimiento de la poetisa, la constituye la selección hecha por el renombrado historiador y crítico de arte Don Manuel Toussaint con el título general de "Sor Juana Inés de la Cruz-Obras escogidas", con prólogo rebosante de datos preciosos. El poeta Xavier Villaurrutia, a su vez, publicó en hermosísima edición todos los sonetos de la poetisa.

Agreguemos a estos nombres los de Alfonso Reyes, Alfonso Junco y Alfonso Méndez Plancarte. El fitólogo alemán Karl Vossler realizó un magnífico estudio de Sor Juana. Los juicios de don Marcelino Menéndez Pelayo y de Pedro Henri-

quez Ureña, son indispensables para conocer la personalidad de la eminente poetisa.

\* \* \*

Nadie, sin embargo, ha realizado con tanto fervor y cuidado, un trabajo de crítica y erudición para enaltecer a Sor Juana y darla a conocer en sus polifacéticos aspectos, como el gran novelista, ensayista y crítico Don Ermilo Abreu Gómez, quien ha publicado profundos estudios sobre la iconografía, la biblioteca, la bibliografía y la familia de Sor Juana y ha hecho compilaciones de sus poesías y prologado las biografías del P. Calleja y de Eguilara y Egúren. Se le reputa como el primer "sorjuanista" en la actualidad y de tal manera se halla identificado con el recuerdo de la ilustre jerónima que cristianó a su única hija con el nombre de Juana Inés.

Mención especialísima merece la eminente bibliógrafa y lingüista norteamericana Miss Dorothy Schons, catedrática de la Universidad de Texas, quien ha dado a la estampa diversas obras acerca de la bibliografía de Sor Juana y otras particularidades de su vida.

\* \* \*

Los autores teatrales, como era de esperarse, se han visto tentados por la figura de Sor Juana, cuyos extraordinarios perfiles ofrecen temas sugestivos para la escena. Un distinguido poeta romántico mexicano José Rosas Moreno, más conocido como fabulista, representó en las postrimerías del pasado siglo su drama "Sor Juana Inés de la Cruz", cuya trama gira en derredor del supuesto episodio de su desengaño. El dramaturgo recogió la versión de que Juana, antes de ser dama de la Virreina, se prendió locamente de un galán apuesto y pulido, que cotidianamente se acercaba a su reja. Fueron novios; pero cuando Juana llegó al palacio recibió la más tremenda de las sorpresas al ver que el objeto de sus desvelos era el propio Virrey que, cambiándose nombre, se había hecho pasar por un caballero de la ciudad. Fue tan honda su decepción que decidió tomar los hábitos de religiosa. El texto del drama está ingeniosamente entreverado con las poesías de Sor Juana. Tuvo un éxito clamoroso.

También el erudito maestro universitario Dr. Julio Jiménez Rueda, que ha escrito diversos juicios acerca de Sor Juana, la rememora en un drama intitulado "Sor Adoración del Divino Verbo", y el poeta A. Granja Irigoyen escribió y representó un drama basado en pasajes de la existencia de la "Décima Musa".

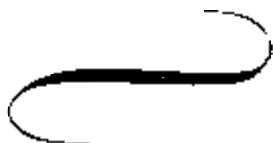
Y, entre paréntesis, no resulta inoportuno consignar que Sor Juana se dedicó también a escribir para el teatro. El mencionado doctor Jiménez Rueda, dice al respecto, al enu-

merar las obras dramáticas de referencia: "El Divino Narciso" auto sacramental digno de figurar al lado de los mejores de don Pedro Calderón de la Barca; "Los empeños de una casa", comedia de enredo, ingeniosa y hábil; "Amor es más laberinto", escrita en colaboración con Juan de Guevara, y dos autos sacramentales más: "El cetro de José" y "San Hermenegildo, mártir del Sacramento".

\* \* \*

Hemos dejado para lo último —porque los últimos serán los primeros—, a un hondureño prócer de las letras continentales, el Dr. don Rafael Heliodoro Valle, en cuya caudalosa producción literaria Sor Juana Inés de la Cruz ocupa un lugar descollante. A él se debe, a su espíritu animador y dinámico, como Presidente del Ateneo Panamericano de Washington, que en los Estados Unidos se conmemore el tercer centenario que hoy celebramos, así como también que en todo el continente se hayan efectuado torneos literarios con motivo de este fausto acontecimiento. Le envío un aplauso fraternal y emocionado desde la tierra que tuvo la gloria de que en ella se meciera su cuna.

Y ahora, Señoras y Señores, con la reiteración de mis agradecimientos, recibid mis parabienes por la brillantez de vuestra actuación en este inolvidable homenaje.



**DISCURSO EN HOMENAJE A SOR JUANA INES DE LA  
CRUZ AL DESCUBRIRSE EN LA ESCUELA NORMAL  
DE SEÑORITAS SU RETRATO Y LA PLACA CON SU  
NOMBRE EN LA SALA DE CONFERENCIAS**

---

Señor Ministro de Educación Pública:  
Honorables Miembros del Cuerpo Diplomático:  
Distinguido Auditorio:

Ningún acto de homenaje a la inclita Sor Juana Inés de la Cruz, tendrá seguramente la significación y el alcance moral de éste al que asistimos ahora, y que, organizado por la eminente maestra doña Adriana Azócar Gautier, Directora de este prestigioso plantel educativo, y honrado con la presidencia del ilustre señor Ministro de Educación Pública, nos pone en presencia del espíritu de aquella a quien sus contemporáneos llamaron "la Décima Musa" y "honor inmortal del bello sexo".

Y digo que este acto posee singular relieve e incontable trascendencia, porque si allá y acullá se entonarán himnos de laudanza en loor de la egregia poetisa y se desbordarán los panegíricos en elogio de sus talentos y su figura quedará vestida de resplandores como la deidad criselefantina del Parthenón y se la elevará hasta el solio de sus hermanas las Piérides en los siderales palanquines de estrofas y grandilocuos discursos; en cambio aquí, en esta sala donde la niñez y la juventud femenina vienen a escuchar la palabra de los maestros y las prédicas de sus mentores, el nombre de Sor Juana, grabado en la marmórea lápida que ostenta uno de sus muros, tendrá si no una perennidad secular sí la virtud inmarcesible de un ejemplo y el elocuente silencio de un faro que guíe y dé señales luminosas en rutas de perfección espiritual.



La música de los versos se desvanecerá en el aire después de encantar nuestros oídos y hechizar nuestras almas; las armoniosas palabras de las doctas arengas y las apolo-gías inflamadas, harán vibrar nuestros corazones y nos evocarán a la célebre poetisa mexicana desde que todavía im-púber, su precoz inteligencia y su incipiente y maravillosa belidad causaban la admiración de propios y extraños. El poder evocador de oradores y poetas nos presentará de cuerpo entero a esa mujer extraordinaria, que fuera pasmo de su siglo y la contemplaremos de nuevo con su peregrina belleza

“desde el clavel de los labios  
a la azucena del pie”

y nos extasiaremos con la melodía de sus rimas, deslum-brantes como gemas o gemidoras como arrullos de tórtola. La miraremos pasar con su toca monjil, envuelta la esbeltez del cuerpo virgíneo en el blanco hábito de anchas mangas “de angel” que le darán una alada apariencia, como si, arrancándose al silencio de su celda, fuera a argumentar con filósofos y escriturarios en esgrimas de premissas y silogis-mos o se dirigiera al templo a tañer el arpa davídica o a to-car el clave donde sus manos de nieve se confundían en al-bipujanza con las teclas marfileñas.

Pero todo ello, a pesar de su poder reminiscente, pasa-rá “como las nubes, como las naves, como las sombras” y aunque no será ni cadáver, ni polvo ni nada, no tendrá sino la relativa perdurabilidad de un hecho más o menos memo-rable.

Muy por el contrario en esta sala que es aula, estadio de ideas y palenque del pensamiento, el nombre egregio de Sor Juana, aparecerá constantemente ante los ojos de la muchedumbre escolar como signo de emulación, como pa-radigma y como enseñanza.

En ese alborar de la mentalidad adolescente que tiene más de la penumbra de la puericia que del rosicler auroral de la juvenilia, el nombre de Sor Juana, por lo que sugiere y por lo que implica de docente, irradiará con el dulce ful-gor de un lucero que aclara un camino. Su permanencia se-rá estimulante, por su poder sugestivo; y fijándose su nom-bre ininterrumpidamente en las conciencias que apenas se desfloran al contacto de la realidad, quedará ahí adherido indeleblemente como con clavos de oro al par que aquellos otros de héroes y superhombres, de apóstoles y adalides que han señalado a la humanidad senderos de perfección, rutas de ideales supremos, vías esplendorosas de progreso integral.

Porque Juana Inés de la Cruz, dotada como fue del “quid divinum” que la asimiló a los máximos poetas y es-

critores de su siglo, no sólo debe presentarse a la admiración contemporánea, sobre todo a la juventud estudiosa, en su personalidad de portentosa poetisa y ecléctica poseedora de conocimientos científicos y artísticos. "La Décima Musa" tiene derecho de ilustrar con su nombre esta sala, porque fue un arquetipo de mujer y porque en ella, como en milagroso recipiente las más puras esencias, se depositaron las mayores virtudes femeninas.

No se podría, ya en este plano calificativo, hacer la desintegración de sus excelencias psíquicas. Al unísono la inflamarón dos pasiones avasalladoras: el estudio y el amor a su patria. Pero junto a estos sentimientos que formaron el eje de sus actividades espirituales, su alma superior, rebasando los límites del tiempo y del espacio, alentó una ideología tan avanzada, que al exponer los derechos que asisten a la mujer para recibir idéntica cultura a la del hombre y alegar que practicarla era no sólo lícito sino útil y provechoso, se enfrentó a todo un pasado hermético y negativo y rompió los valladares de una tradición secular.

Más tarde, esta actitud de rebeldía y de denuedo, tendría influencia decisiva en la educación femenina en México.

Y esto era fruto de su sólida ilustración, obtenida a fuerza de estudio porque si hay ejemplo alguno de mujer estudiosa es específicamente el de Sor Juana. La trayectoria de su vida de estudiante corre desde los tres años hasta que, compelida por causas forzosas, hizo la más dolorosa y terrible renunciación al desprenderse de sus libros y sus instrumentos científicos y musicales. Más de siete lustros hacía que había abrevado en aquellas fuentes del saber las claras linfas de los conocimientos humanos. Ni un solo día desde niña dejó de la mano aquellos fieles amigos que abrieron surcos estelares en su mente. Nunca cesó de estudiar, como ella misma lo dijera y tras sus obligaciones monásticas, aprovechaba todos los ratos que le sobraban para proseguir en la tarea "de leer y más leer, de estudiar y más estudiar sin más maestros que los mismos libros". Y este autodidactismo era a la vez deleite y tormento; y Sor Juana lo sufría "muy gustosa por amor a las letras". ¡Tortura imponderable que llevó a su inteligencia al heroísmo! Sacrificio de un ser, que no teniendo necesidad de salir de la órbita común dentro de la que gravitaban las mujeres de su tiempo, hacía del estudio su máxima devoción y su recreo más halagador.

Esos dos aspectos del vigor volitivo y de la espiritual alteza y verticalidad de aquella mujer excepcional, justificarían de sobra el homenaje que hoy se le rinde por el Gobierno y el pueblo de esta hermana República en la institución donde se moldean los intelectos de las educadoras del

futuro. Pero Juana Inés de la Cruz, que como todos los seres de elección, tenía la percepción de los grandes fenómenos históricos y sociales, sintió la realidad de su patria y la de la América indoespañola.

Si en sus versos eróticos y en sus rimas palaciegas solamente se admira a la destrisima sabidora de la gaya ciencia que supo expresar sus más diversos estados anímicos o interpretar en malabarismos fraseológicos mensajes de circunstancia; en otros de sus poemas, en los que podrían clasificarse de su madurez, (lo que no resulta inapropiado en quien a los treinta años había dado cima a una considerable labor literaria verdaderamente prematura), se palpa ya una clara conciencia de nacionalidad.

En esos poemas, a vueltas de conceptos exquisitos y de alambicamientos de expresión y de lenguaje, se sentía el sabor de la tierra natal, tanto que ella se preguntaba:

"Qué mágicas infusiones  
de los indios herbolarios  
de mi patria, entre mis letras  
el hechizo derramaron?"

Más no eran los elixires de los hechiceros autóctonos los que corrían por sus versos, sino la comprensión absoluta de que una patria nueva se cimentaba ya con elementos étnicos de individualidad definida. Y más de una vez, orgullosa de su origen americano, lo proclamó en inspirado acento, como cuando dijo:

"Que yo, Señora, nací  
en la América abundante,  
compatriota del oro,  
paisana de los metales.  
A donde el común sustento  
se da casi tan de balde  
que en ninguna parte más  
se ostenta la tierra madre".

La América, que en galana metáfora diademaba con los regios atributos o simbolizaba en el águila caudal que abre las alas potentes en los blasones patrios:

"Levante América ufana  
la coronada cabeza  
y el águila mexicana  
el imperial vuelo tienda..."

Ufanía y elación para ella la de ser mexicana y americana. El criollismo al que ella pertenecía, estaba ya al-

canzando la mayoría de edad y en múltiples manifestaciones dejaba percibir que la nacionalidad mexicana iba nutriéndose y desarrollándose como entidad social de peculiares valores. Los criollos mostrábanse orgullosos de su suelo y aunque sumisos, sabían que sus antepasados europeos más habían extorsionado que civilizado. Por eso Sor Juana al enumerar las riquezas de México, valerosamente replicó un día a cuantos loaban las excelencias del coloniaje:

“Europa mejor lo diga  
pues a tanto que insaciable  
de sus abundantes venas  
desangra los minerales”.

Hablar así en esas épocas, en que se advirtió a los vasallos del rey hispano que habían nacido para callar, era digno de valentía, de rectitud, de auténtico patriotismo.

Juana Inés de la Cruz, fue, pues, una verdadera patriota, una americana integral.

Y qué decir de su filantropía, de la nobleza de sus sentimientos hacia los indios y los negros? Su alma exquisitamente sensible no podía permanecer indiferente ante la situación lamentable de unos y otros. Ella había convivido con los primeros durante su infancia, a la falda de los colosos coronados de nieves eternas en que se asienta la aldea que la vió nacer y conocía sus miserias y sus desventuras; ella había escuchado de los labios de sus nodrizas indias las leyendas del poderío de los monarcas aztecas y se daba cuenta del dolor de aquella raza desposeída de sus bienes. Y también tenía a diario testimonios de la condición inhumana que guardaban las gentes de color, más vilipendiadas que las bestias.

Y aquel lirio de ternura, que aromaba el claustro y daba sus fragancias a cuantos se le acercaban, vertió más de una vez el bálsamo de su misericordia sobre aquellos seres desvalidos. Y los tomó seráficamente de la mano y los elevó hasta la altura del arte, haciéndolos hablar en sus versos para mover así la piedad de quienes podían otorgarla.

Salió en su defensa cuantas veces presentábasele ocasión, porque su alma desbordante de caridad se resistía a admitir estas desigualdades sociales y sobre todo la flagrante injusticia de hundir en la abyección y la desgracia a quienes se había despojado de su patrimonio, so pretexto de civilizarlos

y catequizarlos. Rasgos de insigne magnanimidad que identifican a Sor Juana con los más altos benefactores de América.

Es igual que para indios y negros, siempre se levantó su voz para ayudar al caído, para implorar el perdón del delincuente, para pedir equidad por el hambriento de justicia. Al servicio de estas generosas demandas, puso sus versos, su renombre, su valimiento en la Corte. Nadie llamó en vano a las puertas de su corazón, que si era nido de ruiseñores también albergaba las candidas aves de la piedad y la compasión por los ajenos sufrimientos. Así Juana Inés de la Cruz, nos muestra otra de las más delicadas facetas de su alma diamantina, que responde a la textura de un ser moral superior.

Y por esa caridad en que siempre se sintió ardida y que era el crisol en que se purificaban su numen y su corazón, dio en holocausto su existencia. No fue la culminación de un ascetismo exaltado, aunque ella que en todo ponía un vehemente impulso, llevaba en sus postreros años un rigor disciplinario agobiante, ni tampoco el martirio que deseara imitar de las hagiografías; sino la muerte de quien da la vida por sus semejantes en un acto de simple, de cristianísima caridad. De esta manera coronó su existencia aquella mujer de excepción que, verdadero fénix como ya le apellidaron sus coetáneos, se quemó en las llamas de una acción sublime y de ellas resurgió, igual al ave mítica, más gallarda y más esplendorosa que nunca.

Por todo ello es merecedora de este homenaje y de que se honre su memoria dando su nombre a esta sala de conferencias, ya que ese nombre, para decirlo con sus mismas palabras:

“...será siempre  
en inscripciones plausibles,  
fatiga honrosa a los bronce,  
dulce afán a los buriles”.

Señor Ministro de Educación:

Sed portador ante el Excelentísimo Señor Presidente de la República y ante el pueblo hondureño, del profundo reconocimiento del Gobierno y del pueblo mexicanos, que me honro en representar, por la celebración de este homenaje a la más esclarecida escritora de las tierras de Anáhuac. Con él

se reafirman una vez más los lazos seculares que unen a nuestras naciones.

Y vos, distinguida señora directora de esta Escuela, recibid también con mis agradecimientos la seguridad de que los maestros y la juventud estudiosa de México, os envían en estos momentos un cordial mensaje de simpatía por haber contribuido tan devota como entusiásticamente a que en este templo del saber figure el nombre de aquella varona egregia de quien vuestra gloriosa compatriota Gabriela Mistral, dijera en bellissimo panegirico "que se anticipó a su época, hambrienta del conocimiento intelectual" y que fue "caso único en aquel mundo en que vivió".

Tegucigalpa, D. C.,  
10 de noviembre de 1951.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO NACIONAL,  
EN LA VELADA LIRICO-LITERARIA, ORGANIZADA  
POR EL COMITE HONDUREÑO, CONMEMORA-  
TIVO DEL III CENTENARIO DEL NACI-  
MIENTO DE SOR JUANA INES DE  
LA CRUZ

---

HONORABLE AUDITORIO:

Ya se ha cerrado la dorada puerta del feérico alcázar en donde tribunos grandilocuentes, bardos inspiradísimos y músicos y coreógrafos entusiastas, se conjuntaron en armonioso acoplamiento para solemnizar el triseccular aniversario del nacimiento de la más eximia escritora de nuestra raza.

Se diría que se ha revivido el esplendor de una panatenea de la edad clásica y que los aedos y los danzantes, los filósofos y los tañedores de musicales instrumentos, coronados de mirtos y verbenas, desfilaron frente al ático marmóreo de un templo, unos blandiendo ramas de encina entretrejidas de délficos lauros; otras, deshojando guirnaldas de rosas corintias

y entonando los peanes del triunfo ante la omnisapiente deidad de los ojos esmeraldinos, mientras el padre de las musas, sofrenando los bridones de su fúlgida cuadriga, convertía todo en una maravilla de luz con los torrentes de resplandores que enviaba desde su olímpico solio.

Flotan aún en este ámbito los aromas de las flores que con lenguaje de fragancias y matices, dijeron a la monja inmortal que seguían siendo hermanas de su beidad por lo venustas y de su espíritu por su gracilidad. Vibran todavía en este recinto las melodías musicales que subrayaron la oblación colectiva como para hacerla más emocionante y profunda, ora en ritmos jocundos o melancólicos, ya para que teorías de impúberes, al amparo de los símbolos cristianos y a los lampos tamizados por vitrales evocadores, rindieran tributo a quien fuera hija predilecta de Euterpe, porque la danza, forma sagrada de ofrenda divina, es plegaria también, es devoción, es mística pleitesía.

Resuenan en nuestras almas, tras el deleite auditivo —y las estremecen en el regusto—, las cláusulas de los oradores, que trocándolas en prodigiosos cinceles de verbo y pensamiento esculpieron un magnificante peristilo en torno a la figura egregia de Sor Juana, que se nos apareció así sobre un soberbio pedestal de gloria.

La apoteosis se ha relizado ¡y con qué cúmulo de perfecciones! Las últimas canéforas han recogido ya sus floridos escríños y sus gritos de gozo se pierden en la lejanía con el ondular policromo de sus clámides. Los sistros, los címbalos y las flautas, han acallado sus sonos festivos; y mientras los fulgores febeos se tornan en tenue claridad como de sueño, sólo queda en nuestras retinas y en nuestras mentes el deslumbramiento de sortilegio de la fiesta victorial y consagrada.

Pero quedará también la indeleble memoria de quienes la llevaron a buen término, porque ya fuera de la ficción poética y sobre la fantasía metafórica, la realidad levanta su voz imperativa para que en proclamación solemne y en merecidísima acción de gracias, los levantemos hasta el podio de los triunfadores donde agitarán sus palmas nuestros entrañables agradecimientos.

Sean mis iniciales palabras de gratitud para el ilustrado Gobierno de esta República, que, en su clara comprensión de la verdadera confraternidad continental, no ha escatimado medio alguno a su alcance para que todos los actos de



homenaje a mi esclarecida compatriota, revistieran máxima prestancia. Y a su vera reciban también desde aquí las más fervidas expresiones de mi reconocimiento aquellas personas que con gentileza que sobrepasa toda alabanza, acudieron al primer llamado, para constituir el Comité conmemorativo de este Centenario. Las damas y caballeros que por modo tan galante, se aprestaron a organizar esta celebración, al hacer la conjunción de sus esfuerzos, confirmaron una vez más que el pueblo y la sociedad hondureños siempre están prestos a toda manifestación de elevada cultura, porque como lo dijera uno de vuestros insignes liridas, todavía sabéis querer "con todas las potencias de vuestro corazón"; todavía vuestros pechos "abrigan sentimientos muy leales"

"puros como las rosas que produce la aurora  
o las risueñas aguas de vuestros manantiales".

Y quienes así aman y quienes así piensan no pueden por menos que ser caballeros cruzados y sacerdotisas fervientes del Ideal.

Y por eso, porque sólo los seres que poseen esas eminentes cualidades, (que ya van siendo raras en estas épocas de fariseísmo y de brutal desprecio a los valores del espíritu) saben dar su concurso para las fiestas que señorea la inteligencia, como esta fastuosa que acaba de terminar, vosotros sus compatriotas debéis estar satisfechos y orgullosos, que pueblos como el hondureño, que sobre el grosero materialismo de Catibán alzan la vista para ver el vuelo etéreo de Ariel, algún día, a pesar de su pequeñez, mostrarán a la humanidad arruinada el lábaro triunfante e incólume con que han defendido los fueros del Arte y de la Belleza inmortal!

Gracias a todos, amigos míos Por igual a quienes vertieron mieles de rimas que rotundos y ciceronianos períodos; con idéntico ardor a quienes nos hechizaron con su música que a los artifices que con sus estupendas realizaciones escenográficas nos arrancaron de este bajo mundo para transportarnos a aquel en que Sor Juana sentía tal vez que su alma iba a subir al Empíreo "para ser de luceros coronada".

Gracias a la Prensa que con su inigualable fuerza de difusión sirvió de poderosa palanca para que con el mejor de los éxitos culminara esta ceremonia y de portavoz incomparable para llevar doquiera el nombre y los hechos de la inculta monja mexicana.

Y gracias a vosotros que os habéis dignado asistir a esta ceremonia y que con vuestra presencia la disteis inusitado relieve y conspicuo realce.

"La Décima Musa", gloria de México y de América, contemplará, desde "el alto asiento" de la inmortalidad en que mora, todas estas sinceras manifestaciones de admiración a su genio. Ella fue tan hermosa como humilde, virtud de la verdadera sabiduría, y de hallarse en este momento con nosotros, os diría con su voz angelical, lo que expresó al recibir un regalo del Ayuntamiento de México:

*"Con afecto agradecido  
a tantos favores, hoy  
gracias, señores, os doy  
y los perdones os pido".*

JOSE DE J. NUÑEZ Y DOMINGUEZ,  
Embajador de México.

Tegucigalpa, D. C.,

12 de noviembre de 1951.